

7

PASTORAL

QUE DIRIGE

Á SUS DIOCESANOS DE LA GRAN CANARIA

EL ILMO. SEÑOR OBISPO

DON BUENAVENTURA CODINA

EN EL DÍA DE SU CONSAGRACION.



Madrid:

IMPRENTA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.

1848.

PASTORAL

YER. 1874

A SUS DIOCESANOS DE LA GRAN CANARIA

EL P. M. D. N. S. N. S. N. S.

DOY BUENAVENTURA GODINA

EN EL DIA DE SU CONSECRA



Madrid:

IMPRESA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO VILLANOVA

1874

NOS D. BUENAVENTURA CODINA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE LA GRAN CANARIA, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

Al venerable Cabildo de nuestra Santa Iglesia, á los Párrocos y demás Eclesiásticos, y á los fieles todos de nuestra Diócesis, salud en nuestro Señor Jesucristo.

DESDE que la Divina Providencia, sin mérito alguno por nuestra parte, ha dispuesto que recayese sobre nuestros débiles hombros el formidable peso del Episcopado y el cuidado pastoral de la ilustre Diócesis de la Gran Canaria, solo hemos pensado en discurrir medios para corresponder á la confianza que nuestra augusta Soberana (que Dios guarde) nos ha dispensado agraciándonos con su real presentacion, y á la benignidad con que nuestro Smo. Padre la ha confirmado, preconizándonos en el Consistorio de 17 de diciembre del año próximo pasado, y remitiendo en seguida al supremo Gobierno sus Bulas Apostólicas, en virtud de las cuales debia procederse á la consagracion de nuestra humilde persona.

Esta ha tenido lugar en 20 de febrero de este año; y condecorados con el carácter episcopal y cargados de las obligaciones que le acompañan, hemos creido desde luego que era un deber nuestro cumplir con una de las principales, que es anunciar á nuestros amados diocesanos la divina palabra. Lo hacemos pues desde hoy por escrito antes de poder hacerlo de viva voz. Os la anunciamos, pues, compendiosamente con la bella sentencia con que S. Pablo la anunciaba á los fieles de Tesalónica. (Ep. 1, c. 4): *Hæc est voluntas Dei; sanctificatio vestra*. Es voluntad espresa de Dios que seais santos: somos hijos de Dios; él es nuestro Padre, y quiere que principiemos nuestras oraciones invocándole con el dulce

nombre de *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Un Padre tan noble, que criándonos nos ha hecho á su imagen, por el beneficio de la redencion, elevándonos á un orden sobrenatural y á la dignidad incomparable de hijos suyos por adopcion, nos ha impuesto la obligacion de procurar su semejanza como medio único para lograr la bienaventuranza eterna, á la cual nos ha destinado. *Tam Pater nemo*, decia con su acostumbrado laconismo Tertuliano. Y si es un instinto vehemente radicado en el fondo mismo de la naturaleza el desear los padres nobles que sus hijos sean semejantes á ellos, no solo en las facciones y porte exterior, sino tambien en la virtud y agudeza de los entendimientos, y en la nobleza y generosidad de sus corazones, ¿cómo es posible que nuestro Padre celestial, cuya esencia es toda bondad, santidad y perfeccion, deje de querer que nosotros seamos un remedo de su santidad infinita? Sed santos, nos dice en las sagradas letras, porque yo soy santo; sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Para llegar á ser semejantes á Dios en la posesion de los bienes eternos que se nos prometen al fin de la vida temporal, viéndole claramente como es en sí, y hallando en él un tesoro inmenso de verdades que llenen sobreabundantemente la capacidad de nuestros entendimientos, y un caudal de bienes que sacien nuestras voluntades sin quedar deseo que no sea completamente satisfecho; para llegar, decimos, á esta semejanza gloriosa, es forzoso, mis amados diocesanos, que nos esforcemos aqui en la tierra á ser semejantes á nuestro Padre celestial, llevando una vida pura, santa, inmaculada, y en todo arreglada á sus santos Mandamientos.

Es cierto que no hemos visto á Dios en su misma esencia, pues que habita en una luz inaccesible, y por consiguiente no podemos con los ojos corporales divisar sus perfecciones, y copiar en nosotros su semejanza; pero por una parte la fe nos instruye acerca de ellas por la relacion de las divinas Escrituras, y por la interpretacion que de ellas han hecho los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y por otra parte nos las ha querido ha-

cer patentes á nuestros ojos, poniendo delante de ellas la figura de su substancia en forma visible, disponiendo que su Verbo Eterno tomase la naturaleza humana en la plenitud de los tiempos. Sí, amados nuestros, Jesucristo, en quien reside la plenitud de la Divinidad, es el modelo visible y perfectísimo que debemos copiar en nosotros para lograr la santificación que Dios nos exige. Jesucristo obedece al Eterno Padre hasta anonadarse y someterse á la muerte de cruz; ama á su Eterno Padre practicando todos sus mandatos y haciendo en todo lo que es agradable á sus divinos ojos. Ese amor de Jesus para con Dios su Padre no tiene límites; se sacrifica por complacerle, y en las mas duras pruebas á que le sujeta no se entibia en lo mas mínimo el ardor de su caridad. Jesucristo ama á los hombres con un amor escesivo, como dice el Apostol; no solo á los justos y amigos suyos, sino hasta á los pecadores y enemigos, vertiendo su sangre por ellos, y reconciliándolos consigo y con su Padre celestial. Este es en compendio el retrato de Jesucristo; amor á Dios y amor á los hombres. El hombre Dios es caridad. De esta raiz vivifica brota naturalmente la mansedumbre y la humildad de corazon, la paciencia en los trabajos, la misericordia para con los pobres y afligidos, el celo por la salvacion de las almas, la sumision y respeto á la autoridad paterna, á la religiosa y á la civil, y la mas exacta observancia de las leyes. La conducta, en fin, de Jesucristo en la tierra fue la de un Dios-hombre justo, santo, inocente, en nada semejante á los pecadores; tal en fin que pudo con razon el Eterno Padre proponerlo al género humano como modelo de todas las virtudes, que todos debemos copiar. *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite.* (MATH. C. 17, v. 5.) Oid á Jesucristo, aprended su doctrina, practicadla; seguid sus ejemplos, y sereis santos como él lo es, y tendreis á vuestro favor la señal mas segura de eterna predestinacion.

Nuestra mision, amados diocesanos, es la de trabajar incesantemente con palabras y ejemplos, anunciándoos á Jesucristo nues-

tro Redentor, y no perdonar medio alguno hasta que consigamos que este Divino Señor quede formado en vosotros, y seais una copia exacta de sus virtudes. Para lograr este fin contamos ante todas cosas con los auxilios de la divina gracia, en segundo lugar con la intercesion de la Virgen inmaculada, de su santa madre la gloriosa santa Ana y del santo Angel custodio de la Diócesis; en tercer lugar con la cooperacion de nuestro venerable Cabildo catedral, señores Párrocos y demás Clero de las tres islas. Todos hemos sido llamados de Dios al sacerdocio, y á todos dirige el Señor las palabras que dijo en otro tiempo á los Apóstoles: *Ego vos elegi de mundo, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.* (JOAN. c. 15, v. 16.) A todos dice: vosotros sois la luz del mundo, al que debeis esclarecer desplegando sobre los fieles los resplandores de la doctrina de Jesus, que es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Vosotros sois la sal de la tierra, y bajo este concepto estais obligados á librar á los fieles de la corrupcion del pecado por la palabra y por el ejemplo de una vida irrepreensible, como lo exige de todos los sacerdotes el Apostol en las personas de sus discípulos Tito y Timoteo. Contamos en fin con la bella índole, con el carácter pacífico y docilidad edificante de nuestros amados diocesanos, prendas recomendables de que nos ha cerciorado nuestro venerable Predecesor.

Por nuestra parte, y por la de nuestros amados colaboradores, podemos asegurarnos que ninguna mira ni interés temporal nos llevan á esas Islas tan distantes de nuestra patria: ha sido solo la obediencia tan justamente debida al Supremo Pastor, que nos ha confiado esa parte escogida de su grey; la que debemos tambien á nuestra augusta Soberana y á su supremo Gobierno; el deseo de promover la gloria de Dios, y de ser útiles espiritual y corporalmente en cuanto podamos á nuestros hermanos residentes en estas Islas Fortunadas. Nuestros votos serian completamente satisfechos si lográsemos tan santos fines. Moriríamos tranquilos y gustosos si hubiésemos logrado con

nuestros esfuerzos y sudores establecer en todo su debido esplendor el culto divino, la reforma de sus costumbres, la paz doméstica en las familias, la tranquilidad pública, el socorro de los pobres, la instrucción sólida de la juventud en los principios religiosos y sociales, el progreso de las artes y agricultura; en una palabra, todo lo que pueda contribuir á lograr un decente pasar en esta vida, y sobre todo la felicidad eterna.

Ved aquí el plan que nos hemos propuesto realizar ayudados de la divina gracia: nuestra noble ambición no tiende á otro objeto que á hacer bien á todos, á ganarlos á todos para Dios; á sostener á los justos en las sendas de la justicia, á convertir á los pecadores, recoger á las ovejas de Jesucristo que se hubiesen extraviado, y esto no gritando contra ellas con invectivas acres, sino solicitándolas con silbidos amorosos, y cargándolas sobre nuestros hombros para volverlas al aprisco del supremo Pastor de las almas. Si cedeis, amados diocesanos nuestros, á esas indicaciones nacidas del mas fino amor, llenareis de júbilo nuestro corazón y sereis nuestra corona y gloria. Si desoyéseis nuestra voz y desconociéseis los designios de paz que os anunciáremos de parte de Dios, lloraremos sobre vosotros, como lloró Jesucristo sobre la desconocida y obstinada Jerusalén; y en medio de nuestro dolor no podremos ocultar el presentimiento de los castigos, que tiene reservados la Divina Justicia contra los que no se aprovechan de las solicitudes de su misericordia. Todavía no están bien cicatrizadas las llagas que ha abierto en esas Islas el azote de la peste; la mano de Dios está aún levantada para descargar nuevos golpes si los pasados no bastan á corregirnos. No provoquemos hasta el extremo la divina venganza: en este tiempo aceptable de la santa Cuaresma, en estos dias de salud lloremos nuestros pecados, y con una confesion dolorosa y verdadera de todos ellos preparémonos para celebrar devotamente la memoria de la Pasión y muerte de nuestro divino Redentor; y muriendo á todos los vicios y concupiscencias malvadas, resucitemos á la vida de la gracia para no volver jamás á incurrir en la muerte del pecado.

Estos son los votos, amados diocesanos, que dirigimos al cielo sin cesar; y en testimonio del afecto entrañable que os profesamos, levantando los ojos, manos y corazón al dador de todas las bendiciones, os damos la nuestra Pastoral en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Madrid 20 de febrero de 1848.

Buenaventura, Obispo de Canarias.